

Las democracias occidentales han empujado el proceso de huida de ciudadanos de países socialistas para asegurarse la mano de obra barata blanca y que no va a crear problemas sindicales al sistema productivo capitalista. En la vendimia francesa han partido 5.000 trabajadores polacos y ha descendido el número de jornaleros andaluces y las condiciones de trabajo se han endurecido.

Cambio negro por blanco



Decenas de miles de ciudadanos de los países del otrora 'paraíso comunista' abandonan durante estos meses sus residencias, sus pasados y sus pertenencias para venirse al 'reino de la abundancia' de los países capitalistas europeos. Algunos aspiran a trasladarse después a los Estados Unidos, aunque esto sólo lo lograrán unos pocos que, eso sí, serán los más inteligentes, los más preparados y los mejores en sus respectivas disciplinas de trabajo. No hay que ser adivino para saberlo; basta conocer las reglas de la inmigración al 'paraíso capitalista' y 'baluarte de la democracia y de la libertad'.

Centenares de miles (millones en muchos casos) de ciudadanos de Palestina, Líbano, El Salvador, Nicaragua, Honduras, Guatemala, etc. han debido abandonar sus países como víctimas de las guerras urdidas, financiadas y mantenidas por los mismos países que acogen a los otros ciudadanos emigrantes, muy en especial por los Estados Unidos o sus brazos armados en forma de 'guérrillas' o de

Estado sionista israelí.

Si los primeros están encontrando titulares en los medios de comunicación, simpatías en los estamentos oficiales y facilidades para realizar su 'fuga' con bastantes garantías de que las van a terminar felizmente, los segundos han salido en general a pie, viven en inmensos campamentos sin servicios, han sido olvidados de estamentos y prensa oficiales y vegetan a la espera de la más desesperante de las nadas. Ellos, como mucho, sólo pueden aspirar a entrar clandestinamente en algún lugar donde puedan malvivir con trabajos que nadie quiere hacer.

Las democracias occidentales (la misma Comunidad Europea a la que pertenecemos) están librando ya créditos para los países originarios de los huidos del 'socialismo real' con el fin de evitar que los cambios que están teniendo lugar en ellos encuentren frenos en la cada vez peor situación económica. Está bien que la solidaridad para la reconstrucción económica cruce las fronteras y llegue a los

países que hasta hace sólo unos meses estaban regidos por una bien establecida burocracia de Estado. Pero esa solidaridad ha brillado por su ausencia cuando otros países han pretendido librarse de la tutela de los 'vigilantes de la democracia'. En Nicaragua, sin ir más lejos, la guerrilla contrarrevolucionaria ha sido financiada por los Estados Unidos con más recursos de los que recibió de todos los países el Estado sandinista en sus primeros años de reconstrucción nacional.

En definitiva, está claro que la ayuda occidental no se concede gratuitamente. Si en Solidaridad se hubiesen impuesto las tendencias autogestionarias, bien distinta hubiera sido la actitud de los países del mundo capitalista, y esto deben saberlo los ciudadanos de esos países que empiezan a librarse de la dictadura de la burocracia. Pero no se trata sólo de una ayuda de carácter político; hay también una ayuda indirecta al mantenimiento del sistema de producción occidental, resolviendo de paso algo que empieza a ser incó-

modo: la avalancha de ciudadanos de los países del Tercer Mundo que está ocasionando la explosión de racismo y xenofobia que asola a 'la libre y tolerante Europa'.

Negros caribeños y africanos, árabes y magrebíes, iraníes, indúes, turcos, filipinos, vietnamitas y ciudadanos de otras nacionalidades han venido a sustituir en los últimos años a los italianos, griegos, españoles y portugueses que compusieron fundamentalmente la inmigración a los países centroeuropeos desahollados en los años sesenta.

Ellos han venido desempeñando los trabajos de menor remuneración y los más duros (mineros, encargados de la limpieza, empleadas de hogar...) de la ya de por sí poco apetecible escala de los empleos no cualificados. En muchos casos, han sido el colchón que ha permitido mantener una tasa de paro alta sin que se perjudiquen los blancos ciudadanos de los países europeos.

Pero sus servicios al sistema han sido pagados por los reaccionarios de esos paí-

ses convirtiéndolos en el centro de los males que aquejan al sistema capitalista. Además, han crecido en número, no se resignan a estar en el barro, tratan de vivir como los demás ciudadanos y eso empieza a molestar a quienes dicen que libertad sí, pero mi hija no se casa con un negro (en España habría que añadir con un gitano).

En consecuencia, el sistema de producción imperante, que exige que muchos trabajen en malas condiciones para que otros puedan tenerlas un poco mejor y para beneficio de unos pocos (empresarios, burócratas del Estado, profesionales de alto standing, políticos pagados, etc.) empieza a quebrar al exigir la salida de quienes se dejan quitar la plusvaía de su trabajo en mayor medida.

Y he aquí que aparecen los polacos, alemanes orientales, checos, húngaros y otros ciudadanos de 'detrás del telón' que, hartos de las privaciones de la construcción del 'socialismo real', deciden que lo suyo es la luz que les llega de las democracias occidenta-

les. No es que no tengan razón prefiriendo esto a lo otro, pero los destellos que ellos reciben, téngalo seguro, son los de Los Remedios y Eduardo Dato, no los del Polígono Norte ni Las Tres Mil Viviendas.

Pero son blancos, están hartos del 'comunismo', quieren coger su parte del supuesto pastel universal y están acostumbrados a obedecer. Es la solución ideal, la forma de sustituir a los ya molestos negros o amarillos por otros que van a trabajar como ellos; y sin problemas. ¿Que no creen que las cosas vayan a evolucionar así? Pues sepan que este verano ha habido 5.000 trabajadores polacos que han participado por primera vez en la vendimia francesa, destruyendo las condiciones económicas y laborales conseguidas por nuestros jornaleros y sus organizaciones en los últimos años. Y el número de éstos ha empezado a descender. Ya veremos qué ocurre el año próximo.

“La solidaridad de los países europeos ha brillado por su ausencia cuando otros países han pretendido librarse de la tutela de 'los vigilantes de la democracia'”